

*P*REGÓN

Semana Santa
GRANADA 2001



*P*REGÓN

OFICIAL DE LA
Semana Santa
GRANADINA
2001



pronunciado
por

D. JOAQUÍN ALFREDO ABRAS SANTIAGO

TEATRO ISABEL LA CATÓLICA
Domingo, día 11 de marzo



Real Federación de Hermandades
y Cofradías de Semana Santa
de Granada

Editado por:



CAJA de GRANADA
Obra Social

*A Lourdes, mi mujer.
Y a mis hijos María de Araceli y Joaquín María*

 *Excmo y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Granada,*
Excmo. Sr. Alcalde, Señor Presidente de la Real
Federación de Hermandades y Cofradías, dignísimas
autoridades, Hermanos Mayores, cofrades granadinos,
señoras, señores, amigos todos:

GRANADA ACUDE HOY a este clásico y recuperado teatro de Isabel la Católica, escenario de tantos momentos entrañables de la historia culta y reciente de la ciudad, para escuchar el primer golpe de “llamador”, tras el que se habrá de producir una “levantá al cielo” con el enorme paso de nuestra Semana Santa, de toda nuestra Semana Santa, esa que se mueve y bulle en revuelos de hábitos nazarenos, que se reúne en las tertulias cofrades, que se afana en recuperar o dotar a sus pasos de los más bellos enseres, con la plata limpia y brillante, en la que se reflejan las decenas de llamas que

arden sobre cilindros de cera virgen, en esas candelерías que descienden en cascada, a los pies mismos de las imágenes de las distintas advocaciones de Santa María o que se queman blancas o moradas o rojas cuando son sacramentales, en las esquinas de los más sobrios pasos del Señor. Se va a levantar ese paso de nuestra Semana Santa que sabe congrega a miles de corazones emocionados desde las aceras hasta debajo de las trabajaderas, donde el aire en la obscuridad se comparte por igual y todos se igualan bajo la omnipresencia de Dios.

Se alzará el impresionante volumen del paso de nuestra Semana Mayor, desde los destellos de los flash fotográficos, de quienes se empeñan en coleccionar momentos, para regalárnoslos luego hechos carteles, hasta los pasos, cansinos ya, al final de las estaciones penitenciales, de los "aguaores" que circundan los pasos, tratando, como aquella mujer samaritana, de aliviar el calor, el sudor, el esfuerzo de los costaleros y las costaleras, a lo mejor, con un trago de agua del Avellano. Desde todo esto, hasta los ensayos de las bandas de música, en el borde sur de la ciudad, en la ribera verde de la vega anochecida. Y se envuelve, todo, en medio de nubes de incienso, en cualquier lugar y tiempo del año, alimentados por el especial espíritu, por la concreta ilusión que suscitan en nuestras almas de pobres mortales las advocaciones y las imágenes de todos los titulares de unas u otras hermandades, que son alma y corazón en las distintas celebraciones que a lo largo del año se suceden.

Y bajo el faldón de ese paso, inmenso paso de Granada, ascua quebrada que se derrama, estaremos todos, sobrecogidos, llevando a un Jesús sufriente y lacerado y quizá muerto, pero al fin resucitado. Y a su Santísima Madre, bajo el palio cerrado de nuestro cariño, como mandorla envolvente y protectora, como limbo elevado e intocable, iluminado con los cirios derretidos de nuestra emoción y bordado con todos los besos de todos nuestros corazones, en la tierna advocación de Nuestra Señora de las Angustias, Reina, siempre Reina; Madre, siempre la más tierna de las Madres y Gran Señora de Granada, compendio de todos los nombres de la Virgen María, que cuando median todos los septiembres, en el declive final de los estíos, nos convoca y reúne, Madre Amorosa, frente a las últimas, pero siempre fragantes, flores de esos veranos que ya son casi letargo y anuncio del vecino otoño. En ese último esfuerzo de la naturaleza que se muestra paralela con los frutos finales del año, como son las nueces y las almendras, las acerolas, majoletas y almencinas y



los olorosos membrillos y las rojas y jugosas granadas... Esa imagen prodigiosa de la Virgen María con el Hijo muerto, desmadejado, abandonado de sí mismo sobre las maternales rodillas y a cuyo regazo acude el pregonero, como un granadino más, en demanda siempre de auxilio y amparo.

A Ella quiero encomendarme en el inicio de esta estación penitencial de la palabra y a Ella la quiero dedicar, en la memoria, desbordante de cariño hacia mis padres, quienes supieron enseñarme desde muy pequeño a ir a Jesús por María.

*A Ti, celestial Princesa,
de nuestras Angustias Señora,
me encomiendo en esta hora
en que mi palabra empieza:
Enséñame a recitar
a golpe de corazón
y ayúdame Tu a rezar
esa secreta oración
que, cuando deja la razón,
se transfigura en saeta
con lágrimas de emoción.
Déjame, por compasión,
ser frescor de fuente o aljibe*

*que tu padecer mitigue
en medio de la Pasión.
Pues sólo quiero ser pañuelo
que tus lágrimas recoja
para que un bello día me
 acojas
en tu regazo de amor,
con un abrazo de Madre
rebosante de perdón.
Y al presentarme a tu hijo
le digas: Quiso ser pregonero
y al fin... sólo pudo hablar de
 Amor.*

De este paso de la palabra, capataz de honor ha sido quien, desde hace años, me viene honrando con su amistad: fuente caudalosa de generosidad y de humanidad sin tacha, como es mi querido Francisco Gómez Montalvo, viviente institución en el mundo cofrade de Andalucía, Hermano Mayor varias veces, Presidente de Honor de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Granada, Pregonero insigne de nuestra Semana Santa, granadino cabal y maestro, siempre maestro, al que hay que escuchar y del que hay que aprender mucho: El ejercicio de la Caridad, su medida y



buen temple en todo cuanto interviene o hace y sobre todo, la elegancia, esa especial elegancia suya, con la que sabe estar en el púlpito de la humildad, vistiendo, como viste, la muceta y la borla, los guantes blancos y el sello del públicamente reconocido doctorado, en todo cuanto se refiere y tiene que ver con el talante en el ejercicio de su profesión de abogado y con el mundo de las hermandades y de las cofradías de Semana Santa. Y con su trato diario, discreto, atento al amigo y al desconocido que en demanda de su ayuda o de su consejo acude.

Gracias a sus generosas palabras de presentación, el pregonero se puede encontrar aquí, esta mañana de domingo cuaresmal, con ánimos predisuestos a la benevolencia por parte de ustedes y que suplirán, a buen seguro, los errores, los olvidos -aquellos olvidos de que hablase Juan Ramón Jiménez- y hasta los muchos desconocimientos que se podrán apreciar en mis siguientes palabras. Súplanlas, al menos, por favor, con el cariño que siento por Granada y con mi deseo de aprender

de todos ustedes lo mucho que me queda por saber de nuestra particular forma de conmemorar la Semana Santa.

Que nuestra Virgen de las Penas, querido Paco, te lo ponga en tu "haber" siempre, en cada día y en cada momento de tu vida y que el Cristo de San Agustín te lo pague con las creces que yo nunca sabría ni podría. Gracias siempre, amigo.

Brillaba, intensa, una estrella. En la perfecta verticalidad que traza uno de los cipreses cercanos a la iglesia de San Cecilio: Corazón del Realejo.

La pétrea silueta del Cristo de los Favores se recortaba proyectaba sobre el empedrado del suelo y estaba la bóveda celeste pletórica de lucecillas que titilaban del frío que había bajado desde Sierra Nevada, dejándose caer, con silenciosa fuerza, como un talud mudo e inmaterial, desde la cercana altura del Trevenque y por el tobogán descendente del Barranco del Abogado, hasta el anchuroso espacio en el Campo de Príncipe, gran patio del Realejo.



Era la madrugada del día de la Natividad del Señor. Y un estremecimiento interior vino a invadirme, desde lo más recóndito de mi alma, hasta la flor de mi piel de pobre mortal.

Por momentos, casi, el pregoneero pudo abstraerse del tiempo. Superar todo lo acontecido en el gran escenario en el que se encontraba, en medio de Granada, con todos sus siglos, con todos sus tiempos, por remotos que fuesen, desvanecidos, destejidos entre los propios dedos de Quien en aquel silencio, en el que ninguna palabra podía ser pronunciada, se sentía en su plena infinitud de Creador de todo lo visible e invisible.

Desde los albores de la memoria, desde antes de esos propios albores, hasta ese preciso y concreto instante, que no se podía medir en tiempo real y en el que supo, tuvo la certeza el pregoneero de que se hallaba, como todos los demás seres, ante la envolvente y definitiva presencia del Ser Supremo.

Había terminado el Adviento. Había acabado ese tiempo de espera y preparación y daba comienzo el de la Navidad, la llegada del Señor.

El pregoneero se sentía ya, comenzaba a sentirse, en el encargo difícil de beber, a sorbos, cada momento de ese tiempo, rememorar la liturgia de los instantes y hacerse cargo de la crónica de cómo Granada; nuestra Granada, su Granada; sabe, siente y entiende ese mensaje del mayor compromiso de amor que la historia ha conocido.

Y en esa abstracción de los tiempos y de la historia, pudo tener presentes, entonces, a los cuatro Evangelistas conocidos. Tuvo la sensación de que paseaban conversando por entre las mimosas que crecen en aquella plaza y bajo el olivo viejo vio a Leví Mateo, hijo de Alfeo, cobrador de tributos en Cafarnaún; a Juan Marcos, compañero de Bernabé y de Pablo, coevangelizador de Roma y de Alejandría, en Egipto. También andaba cerca Lucas, aquel sirio, médico de cuerpos y almas y autor, asimismo, de los Hechos de



los Apóstoles. Y el mayor testigo de todos ellos: Juan, llamado "El Discípulo amado", el que más cerca estuvo del Maestro siempre, el que vio y vivió todos los momentos de la Pasión. Aquel que pudo adelantarse, instantes antes que Pedro, incluso, hasta el interior del sepulcro vacío, para contemplar, después, a Jesús resucitado, lleno de vida, real y verdaderamente vivo.

Ellos cuatro habían sido los primeros pregoneros: Los que con su voz escrita habían llevado el relato de aquella vida prodigiosa y absolutamente singular, por encima de las fronteras, de los siglos, de las lenguas y de las culturas. Ellos lanzaron, en todas las direcciones de la rosa de los vientos, la voz de Jesús. Y fueron ellos los primeros relatores de la vida de Dios mismo, en medio de los hombres, hecho hombre también, a través de la Encarnación en Santa María. De ellos y por ellos tenemos y disfrutamos la memoria; superados ya los dos últimos milenios; de quien es Norte y Guía de nuestras vidas.

Por estos cuatro primeros Pregoneros, por lo que ellos supieron relatarnos, somos hoy, tenemos el compromiso, en nuestros días, de ser seguidores del Señor Jesús, el Hijo de Dios vivo, hecho hombre, que nació, vivió, sufrió, murió y también resucitó en medio de todos nosotros, dejándonos su Palabra: El Verbo, alimentado del Espíritu y con los que forma la Trinidad y un solo Dios.

Aún es escaso hoy el número de semanas que nos separan de las fechas en que andábamos recogiendo las pequeñas y frágiles figurillas de barro granadino, en esos portalicos de Belén, infantiles pesebres, que iluminaron nuestros hogares, en aquellos días en los que ya, en el aire de Granada, se dejaban oír en los ensayos y en víspera de la Nochebuena, los rasgados e hirientes sonidos de las cornetas y el estruendo tremendo de tambores que, como estiletes de sonido, hacen girar el velo de la noche, cuando ésta viene a posarse, suave y dulcemente, como una mariposa, sobre la verde y fértil vega de



Granada, al pie de esa montaña blanca y alta y nevada y fascinante, en medio del rumor de las humildes y fertilizantes aguas en las acequias y del tornasol de todos los colores de la luz descompuesta, cansada, ajada ya de lucir desde la aurora. Esas noches de frío denso y seco de Granada. Esas noches en las que las pequeñas ráfagas de aire, nos traen, desde las huertas de las afueras, en los bordes mismos de la Acequia Gorda, las delicadas fragancias de mil hierbas aromáticas que, más tarde, al crecer hasta la primavera entrada, serán alfombra sobre la que pase, por las calles de la Ciudad, la majestad del amor absoluto que es Jesús Sacramentado, desde su altura inmarcesible de la custodia sagrada.

*Arriba,
La luna sola,
estaba mirando a Granada
desde un balcón que en el
cielo,
se abre sobre la Alhambra.*

*A sus lados...
Ni una estrella:
Fueron todas derramadas*

*en la Vega que dormía,
entre acequias plateadas.*

*Y la luna,
lunita clara,
escuchaba,
cerca del Monte Sacro,
un villancico o una nana
que una gitana vieja,
rostro de olivo
y voz de albahaca,
cantaba a un gitánico
que en sus brazos arrullaba...*

El pregonero dio comienzo al encargo y desde las primeras letras escritas y pensadas, se sintió acompañado en el espíritu por aquellos otros pregoneros que, como él, también fueron cofrades de la palabra, desde aquel venerable padre maestro Fray Luis de Granada, el hijo de una humilde lavandera de la calle de Los Molinos-otra vez el Realejo-. Aquel fraile dominico, verdadero creador de la prosa moderna castellana y autor, entre otros, del Libro de la Oración y Meditación, en el que se hallan buena parte de los Ejercicios y Meditaciones para los días de la



Semana Santa. En la misma fila nazarena hallamos a otros muchos escritores de Granada, o con ella relacionados por razón de su Semana Santa: El Cardenal Casanova, quien, en los años veinte de la pasada centuria, supo impulsar la reorganización de muchas hermandades y cofradías y revitalizó, de manera decisiva, la Semana Santa en las calles granadinas, sembrando el germen de la celebración como hoy la conocemos.

Vi, también, al que fuera primer pregonero de la Semana Santa de Sevilla que, asimismo, lo fue de la de Granada: Federico García Sanchiz, quien pronunció su pieza oratoria el 5 de marzo de 1945, en el teatro Reina Victoria de Madrid, en acto organizado siendo presidente de la Federación de Cofradías de Granada Don Félix Infante Vilches.

Le seguían, en la fila de aquella procesión pasional imaginaria, el jesuita Francisco Javier Lucas, el periodista Pedro Gómez Aparicio, el catedrático y recordado alcalde Antonio Gallego y Burín, Barón de

San Calixto y el malogrado poeta Manuel Benítez Carrasco. Seguían, detrás, el también periodista Julio Moreno Dávila y el que fuera buen amigo de mi padre, el abogado y escritor José Gómez Sánchez-Reina, al que tanto debe la celebración pasional granadina y hasta cuyo último aliento dedicó a la cofradía de La Victoria. A él tuve el honor de suceder en el atril de pregonero de la Virgen de Araceli, en mi Lucena natal, muchos años después de que escribiera una obra de teatro, cuyo argumento se desarrollaba en la Semana Santa de Granada y que mi madre, con dieciséis años, estrenó, como primera actriz de la Agrupación Teatral "Hermanos Alvarez Quintero", en el desaparecido Teatro Cervantes, aquel que mandó levantar el refinado general francés Sebastiani, entre la plaza de la Mariana y la del Campillo Bajo, donde se extendían las terrazas del que fue literario y musical café Alameda.

Aquella larga fila de penitentes, que en vez de cirio o báculo llevaban pluma y tintero, proseguía por otros



muchos cofrades granadinos o invitados de otros lugares, hasta llegar a los más cercanos en el tiempo, con sus personales características, que los hacen a todos únicos e irrepetibles: La eterna pregunta de Antonio Gallego Morell, en su empeño de descifrar el enigma histórico de Granada, la magistral locución del veterano radiofonista Matías Prat Cañete; la hondura de Pedro Garre, la descripción de Enrique Seijas; otro periodista; La sabiduría, el conocimiento y la profundidad de mi querido y admirado presentador, Francisco Gómez Montalvo; la emoción de otro hombre de la prensa: Juan Bustos; la profusión en el todo y en el detalle del jurista y mi Hermano Mayor en la Sacramental de San Matías: José Luís Pérez-Serrabona; la teología de Antonio González Dorado; el testimonio de José Luis Barea; el poético y entrañable magisterio de nuestro queridísimo Arzobispo Emérito: Monseñor José Méndez Asensio, ejemplo siempre de bondad; el sacerdocio comprometido y permanentemente generoso del escolapio e investigador Enrique Iniesta

Coullaut-Valera, el también pregón testimonial de José Luque; la altura poética y desbordante hombría de bien de mi queridísimo Angel Luis Sabador Medina, hermano mío en las cosas de las estrellas y en el rumor de las aguas en los molinos, que ya no existen, en el Realejo. Y el último, por más cercano en el tiempo, otro hombre del periodismo y de las hermandades, el entrañable y granadinísimo José Luis Ramírez Domenech, mi inmediato y brillante predecesor en este lugar y sitio.

Una pléyade completa de hombres de las letras y las artes, del pensamiento y de la espiritualidad, con un denominador común: Su extremo amor, su decidido enamoramiento de la tierra granadina, de sus gentes y de sus costumbres y sobre todo, de la espiritualidad profunda y de la fe que, en Granada, se hunde en la noche insondable de los tiempos, sin barreras seculares, hasta los mismos inicios del cristianismo peninsular, en San Cecilio o en el Concilio de Elvira.



Porque fue entonces, a finales del siglo tercero, en el que un obispo cordobés -y permítanme el orgullo compartido- llamado Osio de Córdoba, propuso, estando en Granada, los fundamentos primigenios del credo católico, en el que se consagra la universal creencia del cristianismo en la divinidad de la Segunda Persona de la Trinidad, articulando, este obispo de Córdoba, pero en el concilio de Granada, sobre esta misma tierra que pisamos y bajo el mismo cielo que compartimos, los principales dogmas que configuraron a la Iglesia Universal en su catolicidad y en la unidad de fe que es el Credo con el que, cada domingo, en un momento de la Santa Misa, proclamamos juntos, para sentirnos Iglesia: Cuerpo Místico del mismo Jesucristo.

Y esto tiene clara raíz granadina, pese a que esta tierra fuese la última en incorporarse a la cultura de occidente, tras casi ocho siglos de floreciente, pero también intransigente, cultura musulmana, siendo, sin embargo, semilla que hubo de florecer mucho más tarde y no sólo

en la propia península, sino allende la mar oceánica, "plus ultra" de lo que los mapas decían estar habitado, según creencia antigua, por fabulosos animales que se movían en lo que se había creído como el fin de la tierra y del mundo.

La fe que se siembra en Granada es la misma que llega al continente americano, con muchos aspectos de su filosofía de vida y, desde luego, con los más amplios conceptos de las expresiones artísticas: La enorme difusión de la escuela barroca granadina se produce casi simultánea a su propio desarrollo, en el mismo continente americano y de la mano de los descubridores y de los primeros misioneros.

Es la misma fe que se expresa, cada año, cuando se produce el tremendo silencio, denso, acuciante, que llega a suponer la renuncia de la propia humanidad en el inmenso gentío que, cada Viernes Santo, acude a las tres de la tarde en el Campo del Príncipe.



La Semana Santa de Granada no se puede concebir, ni mucho menos comprender ni explicar; ni para qué intentar pregonar; sin tener en cuenta la honda fe, la antigua fe, que sitúa a Granada en la cuna del cristianismo peninsular y después, a partir del mil quinientos, como clave en todo el movimiento que preconizó el espíritu de la Contrarreforma. Por eso hay que dejarse ya de innecesarios complejos de modernidades y de mirar a otras ciudades tratando de reconocer en ellas un magisterio que se pueda justificar en lo antiguo: No hay fe más antigua que la de Granada.

La gran cuestión no es pues; no debe ser; la antigüedad de las creencias. Debe ser la autenticidad, la profundización, la práctica de la fe, los modos de vida fundamentados en las convicciones y la fortaleza de las mismas. Ese es el reto, esa es la competición y poder decir con San Agustín, desde la absoluta tranquilidad y sin querer engañarnos a nosotros mismos: "Es ciertísimo, pues, que Vos, Señor, me conoceis claramente tal como soy..."

Porque la Semana Santa no es sino el símbolo de los siete días de la creación. No es una semana en sí misma. Nosotros hemos de modelarnos con lo que Dios de nosotros mismos nos da. Es el tiempo de nuestra vida y en ese tiempo tenemos que aprender a descubrir a Dios, a conocer a Dios, a Creer en El, a Esperar en El y a verlo en todos los demás, en cada uno de los demás. Aunque no los conozcamos, aunque piensen distinto a nosotros mismos, aunque, incluso, no nos vean, ni tan siquiera vean al mismo Dios y hasta quizá lo nieguen, o no se preocupen tan siquiera de si existe... Pero actuando en consecuencia, desde el respeto, a través de la Caridad -no de la solidaridad, que es un concepto más común y más elemental- hacia el ejercicio nunca pretencioso del humilde amor. Esa es la Semana Santa, es la semana de nuestra vida que habremos de hacerla santa si realmente queremos. Todo lo demás, podrá quedar en pura apariencia, en una simple expresión de indudable valor cultural que comience un domingo



luminoso y acabe en otro alegre, pero somos "COFRADES", hermanos y no podemos, a no ser a riesgo de mentir y de mentirnos, obviarnos los unos a los otros. No todo puede quedar en suaves terciopelos y en bruñidas platas, en penetrantes olores a incienso, a flores o a cera quemada, o en estampas efímeras de palios bellísimos, recortados en su propia luz, a su paso por algunas calles o jardines de esta ciudad que, de pura belleza, se olvida mucho -demasiado quizá- de sí misma.

Sin embargo, estoy seguro de que la gran mayoría de los que aquí estamos, participamos, en gran parte, de todo esto que el pregonero nos dice, porque tiene que decirlo; porque no tendría sentido venir aquí a hablar de momentos, de sólo una semana al año, cuando todos somos testigos de la infinitud en el tiempo de Dios y de nuestra propia filiación en El mismo.

Por todo eso, podemos pregonar la suerte de la Pasión, la generosidad de Dios, en su sufrimiento y en la esperanza de su y de nuestra

Resurrección, por amor a cada uno de nosotros, uno por uno y a todos juntos. Y en celebración de ese amor, esta ciudad, Granada, que es Noble y Leal, Nombrada, Grande, Celeberrima, Heróica y Hospitalaria, se vuelca en inigualables bellezas en los días de la conmemoración pasional.

La busca de la belleza es consustancial a la propia celebración pasional. La belleza está en la esencia de Dios mismo. No existe ética sin estética. Y la estética, en la celebración de nuestra Semana Santa, está en el avance y en la busca del propio Renacimiento, por cuanto humanismo cristiano, hasta su explosión en el Barroco.

En los Siglos de Oro españoles, que dieron al mundo la más impresionante explosión de belleza y espiritualidad conocida en el tiempo, en ese camino hacia la Contrarreforma, alimentado por el difícil concilio tridentino, nuestra nación tuvo una de las mayores responsabilidades.



Si Granada fue cuna del Renacimiento, cuando se dio la circunstancia de la boda del Emperador y entre los arriates del Generalife se fraguaba la invitación italiana, que dio como resultado la deliciosa colección de sonetos y estancias de Garcilaso de la Vega y de Juan Boscán; esta ciudad hubo de aportar, además, en la gran recta final de ese mismo Renacimiento, ya españolizado, la explosión rotunda, exhuberante y definitiva de un barroco que ha definido para siempre jamás, un modo concreto de espiritualidad y de expresiones artísticas cuyo camino en la historia del arte local iría desde la traza del templo catedralicio metropolitano, hasta el basilical de San Juan de Dios o el cartujano de San Benito, camino espiritual que ha sabido superar los siglos y que se ha adentrado, incluso, en el tercer milenio, salvando los umbrales en el año siguiente al dos mil de la Encarnación del Señor.

Al mismo tiempo en que San Juan de la Cruz, allí arriba, en el recogimiento monástico del desaparecido convento de Los Mártires,

emborronaba los primeros versos del "Cántico Espiritual" o de la "Noche oscura del alma" o quizá aquellos otros tan elevados "Tras de un amoroso lance", en papeles verjurados, con tintas que el tiempo puso de color sepia, en el devenir de los siglos y que recordando emocionado a mi maestro Emilio Orozco, me atrevo a recitar:

*Tras de un amoroso lance,
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.
Para que yo alcance diese
a aqueste lance divino,
tanto volar me convino,
que de vista me perdiese;
y con todo en este trance,
en el vuelo quedé falto;
mas el amor fue tan alto,
que le di a la caza alcance.
Cuando más alto subía,
deslumbróseme la vista,
y la más fuerte conquista
en oscuro se hacía;
mas por ser de amor el lance
di un ciego y oscuro salto,
y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.*

*Cuanto más alto llegaba
de este lance tan subido,
tanto más bajo y rendido
y abatido me hallaba.*

*Dije: ¡No habrá quien
alcance!*

*Y abatime tanto, tanto,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.
Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza del cielo
tanto alcanza cuanto espera;
esperé sólo este lance,
y en esperar no fui falto,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.*

Granada sigue siendo el mismo escenario en el que, el compañero de reformas y fundaciones de Santa Teresa, dejó escritos los versos que hemos dicho. El mismo lugar en el que, también, un librero portugués, de Montemor O Novo, justo al lado de la Puerta del Elvira, decidió cerrar su negocio de venta de libros y dedicarse, al pie del Albaicín y ayudado por una familia de comerciantes italianos -los Pisa- a recoger

criaturas abandonadas, enfermos pobres y sin familia o desahuciados de todo y de todos, no sin causar el asombro de muchos que lo creyeron verdaderamente loco.

Fue aquel librero Juan Nadie o Juan de Dios, el que supo derramar los granos de la granada, con el símbolo de la cruz, por todas las direcciones de las cartas geográficas en el mundo.

Así, Granada, una vez más, aparece como protagonista en la expansión de la fe, en el ejercicio de la caridad, como una de las principales virtudes de la Iglesia.

Por eso nuestra Semana Santa es mucho más larga y más densa y más comprometida.

Pero el pregonero ha de hablar ahora de la Semana Mayor del modo en que ahora la conocemos, sin renunciar a su ranciedumbre, sin perder de vista su antigüedad.

Vivimos en estos días el preludio de la primavera. Coincidente este



año con el tiempo cuaresmal. Se deja sentir ya en las paratas florales y exuberantes del Carmen de los Mártires, en las rosaledas del borde del Genil, a su paso por la ciudad, por entre los prometidos frutos arracimados de los magnolios, en la plaza del Carmen, entre los laberínticos arriates de los jardines del Triunfo, cerca del antiguo Hospital de los Reyes, sede hoy de la ebimilenaria y carolina Universidad.

La primavera, como un adagio envolvente, comienza a ascender - lenta enredadera- desde los pies de los enhiestos cipreses, en los cármenes albaicineros - los paraísos cerrados de Soto de Rojas- en la ladera verdiblanca del Albaicín, que eternamente se derrama sobre el cercano Darro y comienza a encaramarse en los primeros y tímidos verdes, en la altura urbana de los plátanos orientales del paseo del Salón, en la plaza de Santo Domingo o en estos más cercanos y gigantes de la plaza del Campillo Bajo y de la Mariana.

El anuncio de la cercana primavera se deja sentir, desde las umbrías de los románticos murallones que circundan la ciudadela palaciega de la Alhambra, haciendo de nuevo que aquellos bosques sean expresión casi selvática de naturaleza viva y propiciando, en el transcurso de la Cuaresma y en la cercanía de la Semana Santa, que las voces de los poetas de Granada desgranen la gracia de sus versos, en forma de pregones de unas y otras hermandades que se harán, pronto, cofradías en sus estaciones penitenciales.

En el Arco de las Pesas y en aquel cercano horno de pan o en aquel otro, que ya no existe, en la esquina de la calle de Oidores, a un paso de Santa Isabel la Real y al lado de San Miguel Bajo, se dejan sentir las fragancias de las magdalenas cocidas, que entran y salen en largas tablas, llenas de cajetillas de papel, en la boca roja y ardiente de los hornos, alimentados con las maderas de los árboles amigos y compañeros: los olivos mediterráneos. Son, pues, las magdalenas montañitas dulces que hacen las delicias de



niños y mayores y confortarán en esas horas de madrugada, cuando volvamos de encerrar alguno de los prodigiosos palios del Albaicín, del Realejo o del Zaidín, junto a las fuentes de loza o porcelana, con los pestiños melados y los roscos de huevo que, por fortuna, aún hacen las abuelas en todas nuestras casas y siempre, en estas fechas, están preparadas en las mesas del comedor, para obsequio nuestro y de los amigos que nos acompañen.

Es tiempo, pues, de Cuaresma en el que el sonido del fagot nos recogerá a todos el ánimo, a modo de plegaria al pie de la espadaña del Santo Ángel Custodio o del largo y silencioso Viacrucis desde San Juan de los Reyes. Tiempo que se mide en sonidos, en el crujir de las trabajaderas, en los ensayos últimos de los pasos. Tiempo de voces que mandan sabiamente las cuadrillas de costaleros, ambiente de faja y sudadera, de tríduos y de quinaros, de altares de culto con altos cirios que menguan derretidos en fuego de amor devoto sobre esbeltas candelерías de plata granadina de la

Cuesta de los Gómez o de bronce fundidos en Lucena. Y que se derraman sobre larga escalinata de rojos damascos al final de los que, los sagrados titulares de las diferentes hermandades, recogen una copiosa cosecha de corazones enamorados, cuyas cuentas se unen, se engarzan con el fino hilo del Amor Fraternal: En Granada "el corazón manda".

La Semana Santa, en Granada, se abre, como en todos sitios, con el Domingo de Ramos, pero a diferencia de todos los demás sitios, Granada tiene una puerta, la de Elvira, física entrada o salida, arco triunfal por el que han pasado coronados reyes verdaderos en la tierra y por el que, cada Domingo de Ramos sale, caballero en borriquilla, el Rey de Reyes en su trono de humildad.

Siempre amanece ese domingo lleno de luz y con un cielo azul denso y definitivo. Aunque pueda llover, aunque al menos puedan existir algunas nubecillas en el cielo de Granada, para todos nosotros, será un día de luz clara, casi cegadora, en el que el sol, al salir por encima de



Sierra Nevada, se derramará por toda la ribera alta del Genil y entrará sobre la ciudad, tomándola mansamente, posándose con suave majestad sobre todos los tejados del Mauror y del Realejo, los del alto Albaicín, brillando en el empedrado de la cuesta de Alhacaba y se quedará aposentado, coronando, brillante, en los altos torreones de la Alhambra que ya, dispuestos en fila penitencial, pareciera que quieren bajarse hasta Granada, para ver qué pasa por la Puerta de Elvira, qué revuelo es ese de chiquillería y de gentes que, con ramos de olivo y palmas blancas agitadas, andan con sus voces alegres inundando el comienzo de la tarde, con risas limpias, voces blancas y carrerillas infantiles que se han soltado al sortilegio de una llave de plata, que giró en un instante en el portón de la Iglesia mudéjar de San Andrés y dejó salir por las calles esa procesión de alegría, blanca y azul, símbolo de inocencia protegida por la Virgen de la Paz, la paz de los niños, la Paz de los hombres y de las mujeres, la Paz, en estos tiempos...

Desde que Jesús entra a Granada por la puerta de Elvira comienza una Semana Santa de momentos, de estampas únicas, de luces y de sombras, que no se somete a ningún calendario concreto, ni acontece en ninguna otra ciudad del mundo. No existe orden en los momentos pasionales que representan los pasos de unas u otras hermandades y cofradías.

Por eso es Maravilla, con fragancia a madre selvas, la que sale de San Pedro y San Pablo, desde la ribera del Darro, acompañando a un misterio, con Jesús de la Sentencia, abrumado bajo el peso de un juez injusto y cobarde.

Y es Dulce el Nombre de María cuando ve salir, aún solo a su hijo, despojado de sus vestiduras, cerca de la Acequia Gorda, las mismas aguas que molerán el trigo en harina flor para que Jesús consagre el pan de la Santa Cena Sacramental y sea Victoria sobre la vida y el mal, en el dominicano templo del Realejo, sin embargo de estar Cautivo a causa de la voluntaria Encarnación.

Lunes Santo

A las cuatro de la tarde, una bandada de gorriones levantará el vuelo sobre el Zaidín e irá a posarse sobre los cercanos tejados del Corpus Christi, apiadándose al ver la estampa sufriente de ese Cristo del Trabajo que, sobre hombros femeninos -¡Quién lo diría!- comienza la más larga estación penitencial de Granada. Y atrás la Luz, la Virgen de la Luz:

Dios te salve

Princesa de la Luz.

Espejo en el que Dios se mira:

Donde mueren el odio y la

mentira

aterrados ante tu mirada

azul.

Dios te salve, Princesa de la

Vida,

Dios te salve, alta torre de

marfil.

Azucena fragante de la

Alhambra

Que se vino a vivir hasta el

Zaidín...

Siete puñales un corazón traspasan: ¡Y se convierten en flores!, cuando a la Virgen de los Dolores, desde San Pedro la sacan.

Maniatado, Jesús, en recuerdo trinitario, se ofrece de buen Rescate. Y en el Realejo, la clausura cenobial se abre, en el más antiguo convento. Nobles monjas, de Santiago comendadoras, acompañan todo el año a Jesús en el Huerto, en el trance de la Amargura, la más grande desventura de una Madre que tendrá a su hijo muerto.

El Lunes Santo se cierra desde el Santo Angel Custodio, en donde la gubia devota de Iacomo Florentino, que vino a Granada a tallar catafalcos funerarios de los Fernández de Córdoba, deja salir, en medio de un estruendoso silencio, la impresionante figura de un Crucificado: El Cristo de San Agustín, hermano en devoción de la figura muerta de Jesús de la Misericordia, el que tallase José de Mora y recrease Barbero Gor, que recorre la negrura de la madrugada del jueves al Viernes Santo. Toda la muerte está en esas Cruces:



*A Ti, mi Dios adoraré
en el instante mismo de Tu
muerte,
en el último momento de Tu
vida,
al filo del postrer aliento y en
seguida,
en la gloria de Tu vida,
que es mi vida y alimento,
tejer con Tus ojos y los míos
mirada enamorada
y estrellado cielo y
firmamento.*

*A Ti, Jesús,
¡Dios mío!, lleno de tormento,
en el lento rozar de esos tres
clavos
que horadaron Tus manos de
sarmiento.*

*A Ti, mi Dios adoraré
y haré de mi oración un
viento
que refresque Tus sienes,
que suavice Tus labios sin
lamento
y seque el caliente sudor:
Salado y sagrado sufrimiento.*

*A Ti, Jesús, muerto en la Cruz,
en el gesto universal que hacen
Tus brazos,
perdonando, generoso, mis
pecados,
y colgando, moribundo, de la Cruz,
Te adoraré
en la humilde pequeñez de mi
existencia,
en el ínfimo latir de mi
presencia,
postrado a Tus sacrosantos
pies,
suplicando por Tus llagas Tu
clemencia.*

*A Ti, mi Dios crucificado
adoraré
en todos los momentos de mi
vida.*

*Y cuando deje de este mundo la
existencia
y sólo sea vana y blanca
calavera,
algún ángel de la Virgen me
defienda
y diga: Fue pecador, mas tuvo
fe ciega.
Perdónalo, Señor y dale, en fin,
la vida eterna.*



*Permítele gozar de tu visión
y siéntalo a Tu diestra,
porque este hombre que
postrado se presenta
proclamó Tu nombre en
derredor,
hizo siempre bandera de Tu
Amor
y Te amó, con su humana y
débil fuerza,
pero amó al cabo
y en su íntima naturaleza,
supo que Tu muerte fue su
vida
y en esa vida, desde la Caridad,
Te espera.*

*Perdónalo, pues, Señor
y dale, al fin, la vida eterna.*

Martes Santo

Aún recuerda el pregonero la emoción que sintió en Mantua, aquella ciudad de la Lombardía italiana, al encontrar en su catedral nada menos que la tumba de Longinos. Inmediatamente recordó al granadino Cristo de la Lanzada y a su Madre Santísima de la Caridad, paseando por las calles del Zaidín, el mismo Martes Santo en que Granada toda se llena de Viacrucis y de las Lágrimas de Santa María, que transcurren paralelas a las aguas del Darro, desde la estrechura de San Juan de los Reyes. Y de la Humildad, cuando fue Jesús sometido a la vejación del manto púrpura y el trozo de caña, en medio de la Soledad absoluta de María, que corre por la calle de Pavaneras, por ver si se produce el encuentro con su Divino Hijo. Esta Cofradía, cumple en Abril sus primeros setenta y cinco años, como también cumplirá los mismos la última cofradía del Martes: El Gran Poder y Nuestra Señora de la Esperanza, al atardecer en Plaza Nueva.



Miércoles Santo

*Por el camino del Monte
las hogueras flameaban,
templando el aire
dormido, cansino
que acariciaba
suavemente las bocas
de las cuevas
en las que vive
"La Zambra":
Ese duende femenino
y flamenco de Granada
que casi siempre se enreda,
juguetón, en la guitarra
y pasa las noches saltando
entre las cuerdas que cantan
y con las luces primeras
se desmaya junto al agua.*

*Mudos están hoy los duendes
gitanos que hay en Granada
al ver a Jesús en la Cruz
y a María Desconsolada.*

*Dicen que en San Matías
tejerán las camareras
mantillas de Avemarías
a la Virgen de las Penas.
Porque Ella fue escogida*

*como la Aurora primera
la acompañará Granada,
Granada de nazarena,
Granada con sus mantillas
y velas de blanca cera,
pues quiere sentirla dentro
y quiere tenerla cerca
y ofrecerle penitente
la sonrisa de la Vega,
el frescor de sus dos ríos
y las nieves de la Sierra.
Airecillos de la Alhambra bajan
con fragancia a madre selvas
mientras el Cristo, valiente,
Jesús el de la Paciencia,
sobre hombros costaleros,
irá bajando escaleras.
Y no muy lejos:
Tres caídas y un Rorario
con las cuentas marineras
se esparce en el Realejo.
Y un Jesús, el Nazareno
con pesada Cruz a cuestras.
Y María que las Mercedes
reparte a manos llenas.
La Universidad saldrá
de los Santos Justo y Pastor
con mucetas nazarenas
bajo la mirada atenta
de Carlos el Fundador
desde su estatua de piedra.*



Jueves Santo

Día salesiano en el Zaidín con el Cristo de la Redención y Nuestra Señora de la Salud. Y desde el Albaicín será el Perdón y la Aurora blanca que es como un carmen que el Albaicín relaga a Granada, junto a La Estrella y un Jesús de la Pasión y la blanca y azul Concepción que acompaña en la pasión al buen Jesús del Amor. Y el Silencio: El único paso que va apagando luces y encendiendo corazones.

Viernes Santo

Será el silencio a las tres de la tarde. En el campo del Príncipe, ante la Soledad de María y el Señor de Granada. Poco antes:

*Bronces doblan a muerte
en las torres de Granada.
Bronces tañendo a muerte
trajeron luces del alba.
Bronces en blancas torres:
Miradores de Granada
Bronces gritando solos,
temblando solos los bronce
en la densa madrugada.
Bronces enloquecidos
que anuncian sentencia
amarga,
helándose las hogueras
del Sacromonte en Granada:*

*Hondo tañer de campanas.
Alta plegaria que eleva
en Viernes Santo Granada:
Granada, Granada, Granada...*

En el atardecer de luto, el Cristo de la Buena Muerte y la Virgen del Amor y el Trabajo.



Y aquel Cristo de piedra, que es de Granada el Señor y sale de San Cecilio, para hacernos el Favor de darnos su propia muerte, en prenda de salvación: ¿Habrà Misericordia mayor?...

Al filo de la Expiración una doncella romana siente el Mayor Dolor.

De negra caoba y plata, de bronce y de carey, el Santo Sepulcro guarda el cuerpo del Salvador, desmadejado y suelto, muerto por el amor. Cierra la noche negra la Virgen de la Soledad que se siente abandonada y comienza a convertirse, en este calvario triste, en Angustias de Granada.

Sábado Santo

Desde las altas torres de la Alhambra, hoy almuédanos cristianos que vigilan la ciudad como guardianes expectantes, desde la Edad Media, baja un reguero de luz por entre las arboledas: El Patio de los Leones se hace nave de plata nazarí para llevar a la Virgen, las Angustias de la Alhambra. La Puerta de la Justicia se abre ante la explanada y en medio del rumor de las cercanas aguas, las que discurren por acequias en el suelo y esas otras, en chorros imperiales y blasonados, en el pilar de Carlos Quinto. En los recintos alhambrenos la madrugada avanza, una madrugada de azules y verdes oscuros y discurre entre el murmullo del gentío que baja hacia Granada por la cuesta del Caidero, por la del Realejo, Antequeruela abajo.

Granada duerme el cansancio de esta última noche. Y la Torre de la Vela, gigante que sostiene la campana que otrora marcaba el cambio de los riegos en las acequias de la Vega, erguida y vigilante, se asoma por



encima de de los callejones de La Churra, mirando, desde su distancia de siglos, la ahora vacía Plaza Nueva que llora en su soledad por los chorros de su fuente y en los del Pilar del Toro.

El alma del pregonero se conmueve, al ver tanto amor con tanta muerte y musita quedo la oración de la infancia:

*Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues es Dios quien se recrea
en el alma de Granada,
al verte así, coronada,
de su gloria y su grandeza.*

*A Ti, celestial Princesa,
humilde te pediría
Fe, Esperanza y Caridad,
las tres perlas que te adornan
junto al Dios de la bondad.*

*Y te ofrezco en este día
mi amor, mi fe y mi razón,
el suelo de los que esperar
poder contemplarte un día:*

*Míranos con compasión.
¡No nos dejes, Madre mía!*

Domingo de Resurrección y de Gloria

El Albaicín parece una acampada de duendes blancos, salteados de altos y enhiestos monjes cipreses, árboles rezadores y eternos que observan, desde su altura definitiva, cómo poco a poco, muy lentamente, instante tras instante, la luz primera, el alba primigenia comienza a deslizarse por el extremo del Valle de Valparaíso. Ténue apunte de luz que se observa desde encima de las alturas de San Miguel, del Cerro del Aceituno y por San Cristóbal.

Y los densos azules oscuros de la noche del sábado, comienzan a dar paso a otras gamas, también azuladas que, con suavidad cromática comienzan a aclarar en la universal paleta de Dios que, con pinceles invisibles, va tomando de la Vega, entre brumas matutinas y leves destellos de azulejos de Fajalauza, los colores con los que nos obsequia el nuevo día.

Si en esos momentos escuchamos, con decidida atención, podre-



mos oír el inicio en el movimiento de los esquilonos de las campanas. En los bronce granadinos, ennegrecidos por el rezo de siglos. Oraciones que, acariciando los metales, le han dado esa pátina verdosa que ahoga los brillos ensoberbecidos del cobre y del estaño.

Amanece el Domingo nuevo:

*Angeles de madrugada
con roquetes sacristanes
se encaraman invisibles
en las torres de Granada.*

*En los altos campanarios.
Por los tejados de plata.*

*Y entre aleluyas y salmos
que el Rey David ya cantara,
empujan los bronce viejos,
hacen girar las campanas,
como almuédanos cristianos,
llenando el aire de hosannas.*

*¡Que ha resucitado Jesús!
Que era verdad su palabra.
Que el Verbo que se hizo carne
en carne se muestra al alba.*

*Angelitos hechos niños
tocan de barro campanas
y van por el Realejo
anunciando la mañana.
Son "facundillos" alegres
que agitan campanas blancas
llenando el aire de risas,
de aleluyas y de hosannas.*

*Y suenan los bronce fuertes:
Los de la Catedral Santa,
los de San Miguel Bajo,
los de la Abadía lejana.
Los bronce de San Ildefonso,
los de San-Juan de Dios,
los de las monjas Descalzas.
En las torres de las Angustias
y en Santa Isabel la alta.*

*Campanas de Santa Inés,
la de Santa Cruz la Real
y también Santa Escolástica.
Las grandes de San Jerónimo
dan recias voces al alba
invocando en los metales
a otras lejanas campanas:*

*San Juan de los Reyes
responde,
uniéndose al coro, prestas,
las viejas de San Matías,*



*las de San Gil y Santa Ana.
Campanas de San Cristóbal
y de Santa María en la
Alhambra,
la de Santa Inés y San Blás,
de San Cecilio y de Navas
que ni tan siquiera existe,
pues son campanas de ahora
y de historia de Granada
las que lanzan al viento voces
alegres y alborozadas.*

*Mientras, en los muros rojos,
torreones de la Alhambra
la yedra escala en silencio
por ver desde arriba
Granada,
que se desgrana gozosa
en luminosa mañana.*

*Y dan vueltas las campanas,
mil vueltas más en la altura
proclamando "Resurrexit":
Jesús resucita en Granada.*

*Cantan el ruiseñor y la
alhondra
en fantástica alborada,
acurrucados en los mirtos
y en las lilas de la Alhambra.*

*Al borde del agua clara
despierta el Generalife
en mudo coro de flores
rociadas de mañana.
Mañana alegre en Triunfo,
Resurrección en Granada.
Inocentes manos de niños
que truecan el barro en plata,
en campanillas pequeñas,
en oración esmaltada
de sus voces cristalinas
cuando es la Alegría en
Granada,
esta que se dice tres veces:
Granada, Granada,
Granada:
Que es perla de vega verde
y que nació coronada.*

He dicho.

JOAQUÍN ALFREDO ABRAS SANTIAGO
Granada. Domingo, día 11 de Marzo de 2001.
Teatro Isabel la Católica.



ESTE PREGÓN

DE LA SEMANA SANTA

GRANADINA DE 2001, HA SIDO EDITADO POR

LA OBRA SOCIAL DE LA CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA,

ACABÁNDOSE DE IMPRIMIR EL JUEVES, DÍA 8 DE MARZO,

FESTIVIDAD DE SAN JUÁN DE DIOS, EN LOS

TALLERES DE GRÁFICAS

GRANADA.